

de la caballería después de las cruzadas. Un triple espíritu animaba entonces á la nobleza europea, el espíritu de la fé, el espíritu de la guerra, el espíritu de aventura. Lo que se llama el caballero habia nacido de estos tres espíritus juntos. El corazon piadoso, el brazo guerrero, la imaginacion quimérica; estos tres elementos constituian el perfecto caballero cristiano. Religion, guerra y gloria eran sus tres almas. La Europa era jóven, era aun poco cristiana, salia de la barbarie, tenia aun en su nobleza un resto de su impulso hácia las conquistas que la habian guiado de la Tartaria, del Cáucaso á la Germania, á las Galias, á la Italia, á la España; amaba los climas remotos, las islas desconocidas, las empresas fabulosas, las conquistas ilimitadas, las coronas de la tierra y la corona inmortal del cielo. De estos instintos nació la caballería con sus virtudes y sus vicios. La religion se habia apoderado de ella y la habia convertido en milicia suya cuando los soberanos comenzaban á abandonarla; en vez de reconocer á su señor en los reyes, habian elegido á Dios por soberano, y al papa, vicario de Cristo, por protector.

## VIII

El establecimiento de los hospitalarios en Jerusalem, remonta á los primeros siglos de la era cristiana. En el reinado de Constantino, existia ya un hospicio en la ciudad santa para recibir á los peregrinos que visitaban el sepulcro de Jesucristo; en el séptimo siglo, después de la muerte de Mahoma, sus sucesores Alí y Moawiah, luchando por la supremacia religiosa, agitaban el Asia con sus guerras. Mas tarde fué conquistada la Palestina por los sarracenos, de la secta de Alí, que gobernaban el Egipto. Durante trescientos años, los kalifas fatimitas, ó soldanes del Egipto, permitieron á los cristianos de Jerusalem ocupar el cuartel inmediato al santo sepulcro, exigiendo únicamente el pago de un tributo. Anteriormente, hácia el siglo nueve, el kalifa Harunal-Raschid, movido por la fama de Carlomagno, habia querido celebrar una alianza con este monarca.

Eginhard cuenta que le envió las llaves del santo sepulcro y de la iglesia del Calvario, con un estan-

darle como signo de autoridad. La supremacía de protección que la Francia ha pretendido á menudo sobre los cristianos establecidos en Oriente data de aquella época; pero esta autoridad duró poco; uno de los sucesores de Harun-el-Raschid persiguió á los cristianos y saqueó el hospicio. Algunos mercaderes italianos de Amalfi recogieron á los fugitivos y acometieron la empresa de restablecerlos en Jerusalem. Con pretexto del comercio que surtia á toda el Asia de los productos y mercaderías del Occidente, obtuvieron permiso para establecer una factoría en Jerusalem; edificaron sobre las ruinas del antiguo hospicio dos establecimientos, uno para hombres y el otro para mujeres, é instalaron en ellos religiosos y religiosas de san Benito para el servicio de los dos hospicios. Tal fué el origen de los hospitalarios, llamados luego orden de san Juan por haber dedicado una iglesia á san Juan Bautista, levantada en tiempo de Godofredo de Bullon.

Sin embargo, los cristianos no gozaron mucho tiempo de seguridad bajo el protectorado de los mercaderes de Amalfi. De conquista en conquista, los turcos seldjukidas se habian establecido en las provincias del Asia occidental, y en medio de ellos, los turcos ortokidas habian penetrado hasta Palestina; ellos habian adoptado por principio político para go-

bernar con mayor facilidad á sus nuevos súbditos musulmanes, los ritos de la religion de Mahoma, sin comprender su espíritu. Continuando sus agresiones contra el kalifa de Egipto, se apoderaron de Jerusalem, pasaron á cuchillo la guarnicion de los sarracenos y arrasaron el hospicio. Algunos fugitivos que lograron llegar á Europa, despertaron la compasion de los pueblos cristianos con la historia de sus infortunios y provocaron la primera cruzada.

En la misma época, un francés, Gerardo de Martignes, sin aguardar á los cruzados, se embarcó para la Siria y se dedicó solo al restablecimiento de los hospitalarios. Una gran dama romana, disfrazándose bajo el nombre de Sor Ines, movida por el mismo zelo, se dirigió á Palestina y se puso á la cabeza de los hospitalarios. Pero los turcos no toleraron mucho tiempo estos esfuerzos. Gerardo fué hecho prisionero y no salió de la cautividad hasta la toma de Jerusalem. El hospicio, restablecido por Gerardo, recibió entónces todos los soldados heridos, y muchos caballeros jóvenes se consagraron sucesivamente al servicio de los enfermos tomando el hábito de los hospitalarios. Entre estos guerreros se hallan los nombres de Raymundo Dupuy en 1121, Guerin de Montaignu en 1208, Bertran de Comps en 1236, que fueron maestros de la orden.

El zelo de la cristiandad se fijaba entónces en la tierra santa; las limosnas, las dotaciones afluían á Jerusalem; en todas las costas de Europa se fundaron establecimientos para facilitar los viajes de los peregrinos; estos establecimientos se convirtieron mas tarde en encomiendas de la órden de los hospitalarios. Gracias á estas liberalidades, Gerardo se hizo suficientemente rico para edificar la iglesia de san Juan, que dió el nombre á la órden. Pero la introduccion de los guerreros en el hospicio modificó muy pronto el espíritu primitivo de la institucion. Raymundo Dupuy, elegido gran maestre á la muerte de Gerardo, agregó á los votos de pobreza y de castidad el voto de *pelear contra los infieles*.

Así, la órden de los humildes servidores de los peregrinos se cambió en una órden militar. Sin embargo, preciso es decirlo, las necesidades de los tiempos exigieron este cambio. Jerusalem, frontera de los árabes y de los turcos, era habitualmente el campo de sus batallas. El pequeño núcleo de cristianos encerrados en sus muros, obligados á defenderse, debia crearse una milicia. La órden se dividió en tres clases; la gente de guerra, los sacerdotes y los hospitalarios propiamente dichos. Pero los hábitos de guerra, poco compatibles con la abnegacion y la humildad, absorbieron el espíritu de caridad.

El gobierno de la órden se hizo aristocrático, y la tercera clase solo se compuso de *hermanos servientes*, agregados á su servidumbre por los caballeros para cuidar á los heridos en tiempo de guerra.

En el siglo doce, la historia de la órden es la de todas las guerras de Oriente. Los hospitalarios fueron muy luego los únicos defensores de los reyes de Jerusalem, de Antioquia y de Edessa; fácilmente hubieran sucumbido en la empresa, si un refuerzo no hubiera llegado en tiempo de su mayor apuro bajo la forma de una nueva órden de caballería.

Algunos jóvenes franceses con Hugues de Payens á su cabeza, se habian asociado libremente para escoltar á los peregrinos en los desfiladeros de las montañas entre Jaffa y Jerusalem. Reuníanse en una habitacion cerca del templo, pero sin haber adoptado ninguna regla monástica, cuando Hugues, enviado de embajador á Roma por Balduino, rey de Jerusalem, tuvo el pensamiento de ponerse bajo la proteccion del papa Honorio II. El pontífice reconoció la asociacion bajo el nombre de *caballeros del Temple*, y les dió estatutos.

Caballeros jóvenes de todas las naciones se apresuraron á entrar en esta nueva órden militar prefiriéndola á la de los hospitalarios, cuyo nombre recordaba su humilde origen. Los templarios se hicieron ricos

y poderosos muy pronto; alistaron soldados y fueron á socorrer á los hospitalarios, de quienes fueron muy luego rivales; pero en la época de que hablamos, la emulacion de las órdenes y la de la Teutónica, recientemente formada en Alemania, mantuvo la disciplina y los realzó á tanta altura y fama, que muchos soberanos pretendieron la honra de ser admitidos como caballeros, y algunos dejaron al morir todos sus estados á los hospitalarios y á los templarios. La ambicion y todos los vicios de los conquistadores desnaturalizaron poco á poco estas instituciones, fundadas en la abnegacion y la pobreza.

Un jóven aventurero de la raza de los aiubitas, Saladino, á quien hábiles manejos habian elevado al rango de sultan de Egipto, emprendió de nuevo la conquista de Jerusalem para convertirla en baluarte contra los ataques de los turcos seljukidas y los latinos, enemigos suyos.

Un cristiano entregó sus hermanos; el conde de Tripoli, rival de Lusignan, rey de Jerusalem, vendió á los cristianos y abrió la entrada de la ciudad á Saladino.

La toma de Jerusalem es demasiado conocida para hacer aquí su descripcion. Saladino expulsó á las órdenes militares, pero permitió á los hospitalarios el que residieran un año en la ciudad santa para cuidar á los heridos.

A cada eclipse de las órdenes militares, y cuando parecía que los desastres de la guerra las habia aniquilado; se las veia reunirse, reparar sus bajas, y reaparecer mas formidables que ántes; consistia en que su institucion era una necesidad de aquellos tiempos; es verdad que tropas mercenarias podian hacer una campaña y ganar batallas; pero no podian formar un poder defensivo permanente; era menester un lazo mas fuerte que el del sueldo, un objeto mas noble que la misma gloria; por eso, cuando la ambicion mundana, el lujo y la relajacion hubieron desnaturalizado la institucion, los vemos abandonar la defensa del santo sepulcro, convertirse en poder temporal en Rodas y Malta, y acabar por extinguirse en el olvido.

Despues del sitio de Jerusalem, se vuelven á ver en el sitio de Tiro, las órdenes militares, formadas con caballeros alistados en las encomiendas de Europa, peleando por el jóven Conrado, favoreciendo los amores de Isabel, reina de Jerusalem, marchando á la cruzada de Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon. Los hospitalarios hicieron prodigios de valor; pero la rivalidad de los templarios crece mas y mas, y pronto los dos partidos vienen á las manos.

La conquista de Constantinopla arrebatada á los griegos, y el reinado de Balduino, conde de Flan-

des, atrajeron á los hospitalarios á esta frontera de Europa y de Asia; fué la época de su gran prosperidad. Formaron establecimientos considerables, y construyeron iglesias en Constantinopla, Esmirna, Venecia, Florencia y Verona.

La España llamó al gran maestro, Guerin de Montaigu, para que peleara contra los moros; poco despues se halló en la batalla de Bovines. Montaigu no era solamente un guerrero eminente, era además un literato, y se han conservado sus escritos contra un cisma naciente que parece que ha sido precursor de los quietistas modernos.

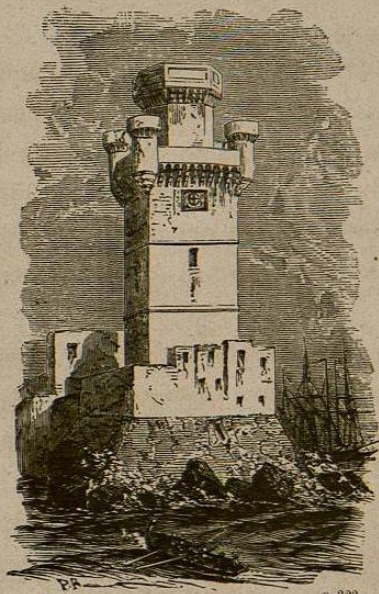
Los hospitalarios sufrieron tales desastres, que se vieron obligados á abandonar completamente la tierra santa. Un pueblo entero, descendiente de los antiguos parthos, llamado Kkwarezmianos ó Kharismianos, expulsado por los mongoles de su territorio, y no hallando asilo en ninguna parte á causa de su reputacion de crueldad y de idolatría, cayó de improviso sobre Jerusalem, saqueó la ciudad, pasó á cuchillo la guarnicion, á los caballeros de las órdenes militares, debilitados por su dispersion en Europa. Los kharismianos cometieron atrocidades inauditas, desconocidas aun en los tiempos mas bárbaros. Los habitantes de Jerusalem que podian huir se dirigieron á la costa y se encerraron en San Juan de Acre;

las mujeres y los niños, reunidos por las hermanas hospitalarias, se refugiaron al pié del santo sepulcro, en donde aguardaron el martirio. Diez y seis caballeros de San Juan fueron los únicos que se salvaron al mando de Guy de Châteauneuf. La narracion de los acontecimientos, escrita por él mismo, decidió la cruzada de San Luis.

Después de la derrota de San Juan de Acre, los hospitalarios se retiraron á Chipre, desde cuyo punto prepararon una expedicion contra la isla de Rodas, habitada por los griegos y gobernada por los musulmanes. La isla tomada y perdida, quedó por fin en poder de los hospitalarios, que se establecieron en ella.

La órden pudo entónces regenerarse. Muchos grandes maestros, hombres de suma capacidad, emprendieron reformas importantes. Es probable que hubieran logrado buen éxito, si la accesion de las vastas posesiones de los templarios, que les fueron adjudicadas al extinguirse la órden, no hubiera corrompido las costumbres con el aumento del lujo y de las riquezas. Entre estos maestros se cuentan los Villanuevas, los Pinos, Heredia, llamado el *domador del dragon*, Berenger, Juillac, etc.

La distancia grande de las encomiendas, la ambicion de independenciam de los jefes, habian relajado



T. II.

TORRE DE RODAS.

p. 323.

la disciplina. Formáronse facciones, estallaron revueltas y llegaron al punto de hacer doble eleccion de grandes maestros. En medio de estos desórdenes, el espíritu militar subsistía únicamente, dando lugar á proezas que distinguen la toma de posesion de Esmirna.

Hé aquí en qué circunstancia :

La ciudad y el puerto de Esmirna, á mediados del siglo XIV, servian de abrigo á bandidos y corsarios que hacian peligrosa la navegacion y el comercio del Mediterráneo. Biandra, general en jefe de las fuerzas de Rodas, formó el atrevido proyecto de destruir aquella madriguera; y logrando apoderarse del puerto, quemó las galeras de los corsarios. Pero el comandante turco de la fortaleza llevó á una emboscada por medio de una retirada falsa á los caballeros, y los pasó á todos á cuchillo.

Veinte años despues, hácia el 1370; el papa Gregorio XI mandó al gran maestro Roberto de Juillac que ocupara el castillo y la ciudad de Esmirna como posesion de la órden. La prudencia del gran maestro objetó la situacion de la ciudad en el centro de los dominios turcos; pero el papa le reiteró la órden de obedecer bajo pena de excomunion. Un crecido armamento de galeras trasportó las tropas al fondo del golfo y despues en un combate encarnizado, en el

castillo de Esmirna se enarbólo el estandarte de los caballeros de Rodas. Las armas de la Iglesia se ven todavía sobre su ruिनosa puerta.

Para limpiar la tierra de Islam de esta dominacion de una colonia de la Roma cristiana avanzaba Timur desde Kutaiah.

## IX

Timur resolvió libertar al Asia Menor del terror que esta colonia militar de la cristiandad hacia reinar en los mares de la Jonia, y sacar del cautiverio á los innumerables esclavos mahometanos que gemian aherrojados por los caballeros de San Juan de Jerusalem. Él solo tenia fuerzas suficientes para prestar este inmenso servicio al islamismo. Con esta última hazaña queria coronar y santificar todas las demás. Partiendo del océano Indico, habia mucha gloria en no pararse hasta otro mar, casi europeo, que ponía límite natural á sus conquistas. Reunió su ejército expedicionario en Kutaiah, y se dirigió con lentitud, segun su costumbre, á Esmirna. Cuanto mas se acercaba á las costas del Mediterráneo, otro tanto encan-

taban su vista los anchos valles de la Bithinia, que ostentaban á sus ojos su vegetacion meridional, sus ciudades griegas y sus pintorescas ruinas, vestigios de tantos imperios borrados de la tierra en que brillaron. Dejando á su derecha las llanuras de Nicomedia, la Propóntide cubierta de ciudades marítimas, los arroyos tibios ó helados y las raices tenebrosas del monte Olimpo, desembocó á la cabeza de trescientos mil tártaros de caballería y de infantería en el valle de Magnesia, la opulenta y fresca Tempé del Asia Menor. Allí permitió á su ejército que gozara de las delicias de aquel jardín de la Anatolia que debia ilustrar y embellecer mas tarde la retirada de Amurat ó Murad II, ese Diocleciano de los turcos, que eligió á Magnesia para descansar sobre los laureles de su victoria.

## X

Marchando en seguida al rededor de la base oriental del monte Tmolus, penetró en las gargantas de Tyra, la antigua Thyatira de los griegos, ciudad que recuerda por las cimas que le dan sombra, por los

bosques que la refrescan y por las cascadas que la bañan, las ciudades de la Helvecia, situadas en las faldas de los Alpes y respirando las brisas de los lagos y la resina de los pinos del Norte. Tyra, aunque mitad griega y cristiana, abrió sus puertas con resignacion á los tártaros, que se extendieron desde allí por las llanuras del Meandro y del Caistro cantadas por todos los poetas de Grecia y Roma, y mas tarde de la Turquía, á causa de la sombra de sus montañas, la riqueza de sus pastos, las sinuosidades de sus rios, la claridad de sus aguas, y la multitud de cigüeñas blancas que anidan sobre los lagos. El autor de esta historia, por una de esas singularidades que acontecen á los hombres oscuros como á los imperios, posee hoy en aquellos valles pintorescos parte de las márgenes y de los prados de ese Caistro celebrado por el poeta romano Virgilio, y en donde acampó Timur, al pié de la torre de mármol que mandó edificar allí y que dió su nombre á la llanura de Burghaz-Owa.



## XI

La mitad del ejército tártaro, mandado por Mohammed-Schah, entraba ya por el valle de Magnesia en el territorio de Esmirna. Timur, con la otra mitad, abandonando las orillas del Caistro á los rebaños y á los esclavos que iban con sus tropas, apareció en el mismo momento en las alturas que dominan el golfo y la ciudad. Nunca un horizonte mas magnífico y delicioso habia embriagado sus miradas desde que habia entrado en el valle de Cachemira. Y aun el valle de Cachemira no era mas que un voluptuoso oasis de verdura y de lagos en el seno de las montañas de la India. El mar, al rededor de Esmirna, se unia á las montañas, á los valles y á los monumentos de los hombres para encantar los ojos y estimular la ambicion del conquistador del mundo.

## XII

La ciudad de Esmirna, capital de la antigua Jonia, famosa por la blandura de su clima, la fecundidad de su suelo, la belleza de sus mujeres y el genio industrioso y literario de sus habitantes, estaba edificada al pié de una montaña, cuya cima forma torreon naturales que se dibujan y destacan sobre el azul casi eternamente sereno del firmamento, asemejándose á una fortaleza construida por los hombres para proteger una gran ciudad por la parte de los valles interiores de la Jonia. Un bosque de pinos negros, creciendo en una pendiente escarpada, imita las empalizadas de un fuerte. Sobre este bosque, una ciudadela ruinosa, semejante al Acrópolis de Atenas, construida por los griegos heróicos, desmantelada por el tiempo, reparada imperfectamente por los bizantinos, derribada por los turcos, restaurada y armada por los caballeros de Jerusalem, se enlaza como un nudo de piedras con las largas y elevadas murallas precedidas de un foso que bajan por ambos lados, siguiendo las ondulaciones de las colinas hasta las

dos orillas del mar. Estas murallas terminan allí en dos fuertes inexpugnables, que batan por sus cimientos las olas del golfo.

El puerto, lleno de bajeles de la orden y de la cristiandad, llamados en su socorro, se extendia entre estas dos fortalezas marítimas. La ciudad, populosa, comercial y militar, se alzaba desde la costa del mar hasta el pié de la ciudadela superior. A derecha é izquierda, sus aguas, parecidas al principio á un vasto lago encerrado en las montañas tapizadas de bosques, penetraba en las ensenadas y en las mil sinuosidades que recortan el golfo; luego, perdiéndose de vista, dejaban espaciar la mirada por el horizonte ilimitado del mar. Al extremo occidental del golfo de Esmirna, las sombras confusas de Mitylene y de Chio oscurecen casi imperceptiblemente el trasparente azul de las olas como velas lejanas. Las mas próximas de los pescadores y jardineros de ambas orillas que abastecen á una gran ciudad surcan el golfo en todas direcciones; ciudades, casas de campo, vergeles, bosques y viñas cubren con su exuberante vegetacion y su sombra los promontorios y las colinas que avanzan por ambos lados del mar hácia la playa. Tal era el espectáculo que suspendió por un momento, no la impaciencia, pero sí el ataque de Timur.

## XIII

Segun su costumbre, conforme con los preceptos del Coran, que manda ofrecer siempre la capitulacion y la paz ántes de la guerra, Timur enarboló sobre su tienda, el primer dia, una bandera blanca, signo de negociacion; el segundo una bandera roja, signo de guerra declarada; el tercero una bandera negra, signo de carnicería implacable y sin cuartel. Estos tres dias dieron tiempo al ejército que mandaba su nieto Mohammed-Schah, para bajar de las gargantas de Magnesia y extenderse por la llanura de Bournabah, delicia de los habitantes de Esmirna.

Los caballeros, aunque intimidados por esta irrupcion de hombres y caballos, cuyas armas brillaban con los rayos del sol sobre todas las colinas del golfo, no deliberaron un momento entre el heroismo y el martirio. Fiábanse en la elevacion de sus murallas, en la profundidad de sus fosos, en el número y la velocidad de sus bajeles, en Dios en fin, que les daría la victoria peleando contra los enemigos del Cristo. Respondieron con dignidad á las intimaciones de Timur.

Numerosas flotas navegando ya entre las islas del Archipiélago y no aguardando mas que un viento favorable para entrar en el golfo, les habian sido anunciadas de Sicilia, España é Italia. Confiaban en que ellas los socorrerian ó les darian un asilo.

## XIV

El grito de *Surum*, lanzado por todo el ejército, y el redoble de los tambores tártaros, resonaron en la tarde del tercer dia como la sentencia fatal sobre Esmirna. Como en Siwas y en Bagdad, Timur empleó muchos miles de minadores en taladrar las peñas que servian de cimientó á sus fortificaciones. Los bosques circunvecinos y las huertas inmediatas al golfo ofrecieron los árboles que, echados con todas sus ramas en los fosos y encendidos con mechas del fuego griego, circundaron la ciudad con una vasta hoguera, cuya llama y humo fueron elevados por el viento á lo alto de las murallas. Los caballeros quemados ó ahogados en la brecha, caian en aquel horno, ó buscaban un refugio en la ciudad. Timur, haciendo acercar á fuerza de brazos plataformas puestas en

ruedas colosales, hacia pasar á sus soldados como por puentes á través de torrentes de fuego. Los cristianos solo defendian las bocacalles detrás de algunas barricadas recién hechas. El incendio corria desde la ciudadela hasta el puerto que tenia en su base. Solo les quedaba la playa. A la entrada del golfo aperciaban las numerosas velas que trataban de ofrecerles soldados ó asilo.

Timur, que en medio del asalto se habia apeado y combatia con la antorcha y el sable en la mano, no quiso que los enemigos evitaran su cólera con la fuga. Diez mil tiradores de piedra fueron enviados por él al abrigo de las flechas de doscientos mil infantes á impedir la entrada en el puerto de los buques cristianos. Estos obreros arrancaron é hicieron rodar por el monte enormes rocas que cayeron al mar junto á la boca que debia dar paso á los bajeles. Los restos de este dique gigantesco subsisten todavía y han desviado el puerto nuevo de Esmirna de la ensenada primitiva que ocupaba. Los buques que naufragaron contra estas rocas, privaron á los cristianos de su último refugio. En fin, para penetrar en los dos fuertes marítimos que flanqueaban la bahía, sirviéndoles el mar de foso, Timur hizo construir sobre el agua, á fuerza de hombres un puente, cubierto de tierra, que sus zapadores, protegidos por la tropa acer-

caron paso á paso á los fuertes hasta nivelarlo con las fortificaciones, para que los soldados pudiesen desembocar como un torrente en los fuertes. La intrepidez de los caballeros cedió ante el número, pero no ante el terror. Las dos fortalezas fueron su sepulcro. Los que ocupaban aun la ciudadela superior con Guillermo de Mina, maestre del Hospital, viendo que no debían pensar mas que en salvar su vida, salieron en columna cerrada con espada en mano, se abrieron sangriento camino á través de las llamas y de la sangre, se refugiaron en las montañas inaccesibles á la caballería tártara, fueron de vericueto en vericueto costeano el golfo y recogidos uno á uno en las peñas de Focea por las galeras cristianas que surcaban aquellas aguas. Las mujeres, los niños y los ancianos que habian seguido hasta allí la columna de caballeros para salvarse como ellos en los buques de Europa, se arrojaron en vano al mar, agarrándose á los cables, á los remos, y á las áncoras, implorando la compasion de los marineros; las galeras, demasiado cargadas, no podian recibir sin irse á pique aquella desgraciada multitud. Todo pereció en las olas ó en los bosques á los tiros de las flechas de los tártaros. Timur, para desalentar á los que procuraban dar un asilo en sus barcos á los que con tanta penuria lo solicitaban, mandó cargar con

cabezas de hombres los cañones de las fortalezas de Esmirna y los disparó contra los buques. Estas cabezas cortadas, que flotaban sobre las ondas ó rodaban por los puentes de los buques, causaron tan profundo horror á los marineros, que las flotas huyeron á velas desplegadas, abandonando la poblacion cristiana de Esmirna y de las costas á la insaciable venganza de los tártaros.

Los genoveses, que poseian en el golfo el puerto fortificado y la deliciosa campaña de la antigua Focea, madre de Marsella, y las opulentas islas de Chio y de Lesbos, temiendo irritar al azote del Asia, le enviaron embajadores para cumplimentarlo por su carnicería y reconocerlo por soberano. Perdonólos á este precio; y despues de haber saqueado é incendiado á Esmirna, dispuesta siempre á renacer de entre sus cenizas, por su posicion, su fertilidad y su golfo, saludó con un adios al Mediterráneo, y volvió á tomar por Efeso el camino de la llanura del Caistro y del Meandro para regresar á Kutaiah.

Durante treinta dias, trabajó para borrar del suelo de Efeso, la Roma del paganismo, los vestigios de los templos antiguos, ya derribados por los cristianos. Su cólera contra los descendientes de los paganos y de los cristianos se acrecentó en su marcha por las colonias de la Grecia antigua y de la Grecia cristiana. La mas humilde sumision no le bastaba.

Una ciudad griega de la costa de Efeso, que envió para ablandarlo á niños de ambos sexos que cantaban sus alabanzas y recitaban versículos del Coran para lisonjear su culto : « ¿ Qué balido de ovejas es ese que mortifica mis oídos? dijo á sus emires. — « Son los niños de la ciudad, enviados por sus padres para suplicaros que les perdoneis la vida. — ¡ Que los caballos de los arabes pisoteen sus cuerpos ! » exclamó Timur. La caballería de la vanguardia se lanzó contra aquellas inocentes criaturas al oír aquellas palabras, y el camino por donde pasó Timur quedó sembrado de miles de cadáveres de niños. La costumbre que tenia de verter sangre le inspiró el último grado de brutalidad guerrera : el de la indiferencia al aspecto de la muerte.

## XV

El incendio de Esmirna, de Efeso, y de todas las ciudades de la costa de Jonia, á donde la civilización griega habia enviado por espacio de tantos siglos su población, sus letras, sus religiones, sus artes, fué el

único monumento que levantó el conquistador en frente de la consternada Europa. Montones de ceniza marcaron su huella ; desapareció entre el humo de estas capitales, y volvió á tomar lentamente como retira el pastor sus rebaños de los prados, el camino de la Persia y de la Tartaria. Llevaba consigo á un emperador cautivo, y el botín de toda el Asia Menor. La imposibilidad de crear en algunos meses una marina para hacer atravesar la Propóntide ó el Bósforo á aquella multitud, le habia impedido arrasar la capital del imperio griego, Constantinopla. Esta empresa de demoler al envejecido oriente la dejaba intacta á los otomanos.

Parecia que se habia propuesto afianzar su imperio, conmovido involuntariamente por la batalla de Angora, y restituírsele á Bajazet Ilderim con ciertas condiciones de vasallaje y de alianza, despues de llevar á este soberano cautivo á Samarcanda para que decorara su triunfo, y hacerle contemplar la grandeza y la población de su casi universal imperio. Pero la muerte defraudó sus esperanzas, y puso coto á sus proyectos.

Aunque fuese tratado con las consideraciones que un vencedor generoso debe á un vencido heróico, Bajazet no podia acostumbrarse al cautiverio, por mas respetuoso que fuese. El espectáculo de la ruina